

Recuerdos personales del P. M. Ruiz de Gaona

SALVADOR REGUANT *

Supongo que debe de ser difícil para un doctorando moderno entender la manera de trabajar en geología hace tan sólo unas decenas de años. La investigación naturalística desde antes del inicio del siglo pasado se basaba fundamentalmente en el trabajo de aficionados que dedicaban gran parte de su tiempo libre a la observación, recolección y posterior estudio de los materiales a los que se dedicaba cada aficionado en concreto. En el caso de la geología, existían los, fundamentalmente, coleccionistas de minerales, rocas o fósiles y los que dedicaban su atención preferente a las características y funcionamiento de los procesos geológicos en las unidades naturales tales como montañas, llanuras, ríos, costas, etc. Muchos de estos aficionados llegaron a ser grandes profesionales y, después de haber adquirido notoriedad, algunos de ellos se profesionalizaron por la vía oficial de la adquisición de un título universitario idóneo, sobre todo en tiempos recientes. Entre nuestros contemporáneos que seguían esta noble tradición se pueden citar al lado del Padre Máximo hombres tan eminentes como el Dr. Crusafont o el recientemente fallecido Guillermo Colom. Este último nunca tuvo interés en revalidar con un título académico su particular prestigio internacional.

Muchos de los que por, distintas circunstancias, iniciamos nuestra labor investigadora después de licenciarnos en la Universidad no procedíamos en nuestro trabajo de manera demasiado diferente a los que acabo de llamar aficionados. En efecto, con la excepción de algunos pocos licenciados que estaban adscritos con distintos cargos, casi siempre con sueldos insuficientes para vivir, a Departamentos universitarios, la mayoría de licenciados iniciamos nuestra investigación por pura afición, casi como lobos solitarios en medio de un ambiente indiferente a nuestro esfuerzo. Hay que reconocer que nuestro trabajo acostumbraba a ser apreciado y recibíamos ayuda moral, ya que no material, de algunos insignes catedráticos de geología de las universidades del país o del extranjero. En cualquier caso, no obstante, éramos práctica-

* Departament de Geologia Dinàmica, Geofísica i Paleontologia, Facultat de Geologia, Universitat de Barcelona.

mente autosuficientes y, en un grado notable, autodidactas. Este hecho que ha conllevado muchas desviaciones y errores y, sobre todo, mucha pérdida de tiempo, tenía también sus compensaciones. Hacíamos, dentro de nuestras posibilidades, lo que nos daba la gana. No teníamos plazos ni angustias de tiempo. Eramos aceptados en la comunidad científica internacional sin que se nos pidiera ninguna acreditación institucional. Y, a veces, hasta obteníamos alguna ayuda del tipo de las Becas “Juan March” o éramos considerados “Becarios honorarios del C.S.I.C.”. También estábamos libres de la obsesión por hacer curriculum.

En cualquier caso, era para nosotros tan laborioso el trabajo de campo como la búsqueda de expertos que nos pudieran ayudar en la resolución de ciertos problemas, irresolubles por nosotros mismos, a que el estudio de los materiales o del terreno nos abocaba de vez en cuando. Esta fue la circunstancia que me hizo descubrir la existencia y encontrarme con la extraordinaria persona que fue el Padre Máximo.

Determinadas observaciones me hicieron descubrir que un estudio detallado del Eoceno marino de la Plana de Vic al norte de Barcelona era interesante para mí y para la ciencia y, con esta idea y la ayuda frecuente y eficaz de la Dra. Carmina Virgili, Catedrática de Estratigrafía y actual Directora del “Colegio de España” de París, que, por aquellos tiempos, era Profesora adjunta de la Universidad de Barcelona, inicié los trabajos para la confección de una tesis sobre la estratigrafía de esta área. Sin demasiada prisa se iban amontonando las muestras de fósiles hallados en el transcurso de mis salidas al campo hasta que esta parte del trabajo pudo considerarse por terminado. Mi sistema de numeración de muestras era muy elemental: las dos últimas cifras del año en que eran recogidas y el número de orden temporal dentro de este año. En el bloc de notas de campo había las referencias al lugar donde se habían recogido.

En este momento se imponía el estudio y valoración de las distintas muestras para el objetivo que me había fijado. Empecé pues a abrir las bolsas de plástico (ya había bolsas de plástico en aquella época) dejando de lado el bloc de notas y con la única referencia de la numeración que resultaba así completamente azarosa. Muchas de estas bolsas contenían Nummulites de aspecto muy parecido todos ellos y me sentí totalmente incapaz de identificarlos con la ayuda de los libros de los que podía disponer, aunque mis bibliotecas de geología eran particularmente bien dotadas. Se trataba de la biblioteca del Departamento que dirigía el Dr. Luís Solé Sabarís y de la del Museo Geológico del Seminario Conciliar de Barcelona. A través de los libros descubrí que había un hombre, un fraile, en Pamplona que se dedicaba a los Nummulites y que había sucedido en cierto modo a Gómez Lluca. Además este personaje había estudiado algunas áreas que se solapaban ligeramente con el extremo sur de mi trabajo de tesis. Ni corto ni perezoso envié mis muestras y mis problemas al Padre Máximo.

Su respuesta no se hizo esperar, pero quedé relativamente desconcertado. Prácticamente todos los Nummulites, a pesar de algunas diferencias notorias sobre todo en los tamaños, fueron clasificados por el Padre Máximo como pertenecientes a la misma especie: *Nummulites perforatus*. Este hecho inició una doble historia. Por un lado tuve que intentar buscar alguna salida al nuevo atoladero en que los resultados a que llegó el Padre Máximo me ha-

bían abogado, y por otro lado, inicié una buena amistad y relación con él, que se reforzaba con algún que otro viaje a Pamplona y con los encuentros bastante frecuentes que teníamos en ocasión de reuniones y congresos científicos a los que los dos asistíamos.

El problema científico no es de interés para esta ocasión. Diré solamente que inicié unos estudios estadísticos sobre el tamaño de las diversas poblaciones y que, con la ayuda del Dr. Eduardo Clavell, a la sazón recién licenciado, descubrí los trabajos y métodos del Dr. Hans Schaub del Museo de Basilea y establecí relación estrecha con él y con el entonces geólogo del Servicio Geológico de Marruecos y colaborador asiduo del Dr. Schaub, el Dr. Luc Hottinger, actual Profesor de la Universidad de Basilea. De todos recibí gran ayuda, como también del Dr. Valentín Masachs, Profesor del Instituto de Manresa, persona cuya gran categoría ha sido poco apreciada y es desconocido por muchos investigadores actuales, cuando en realidad sus trabajos son, frecuentemente, más serios que los realizados por ciertos autores de nuestros días.

En cualquier caso, aun desde este ángulo volví a tropezar con el Padre Máximo. En efecto, los estudios exhaustivos de Hottinger sobre las Alveolinas y la bioestratigrafía del Paleógeno del área mediterránea le llevaron a la conclusión que las ideas del Padre Máximo sobre la no existencia del Luteciense marino en Montserrat y áreas limítrofes eran las científicamente justas, en contra de la opinión de la mayoría de autores de la época que encontraban Luteciense marino en demasiados lugares. Con este bagaje de ideas se pudo terminar mi tesis e iniciar trabajos posteriores realizados por mí mismo y colaboradores y sobre todo por el Dr. Josep Serra Kiel de la Universidad de Barcelona que ha creado un equipo de extraordinaria eficacia y de unas garantías científicas internacionalmente reconocidas.

El ambiente en el cual el Padre Máximo disfrutaba más de las buenas relaciones que mantenía con todos los colegas, sobre todo españoles, era en ocasión de las reuniones o congresos científicos. Al lado de una buena comida y de una buena compañía, o en otros momentos de distensión, el Padre Máximo, gran conversador y animado contertulio, explicaba sus experiencias, sus ideas, su modo de ver el mundo y a sí mismo. También era en estos ambientes donde se podía apreciar su gran categoría humana y aquella mezcla de candidez y malicia que reflejaban sus ojos siempre chispeantes, mucho más sin duda si un buen vino ayudaba a la conversación.

Las anécdotas contadas por él sobre sus andanzas de naturalista o, a veces con mayor seriedad, sobre sus convicciones religiosas profundas eran temas preferentes de sus intervenciones en la conversación. En estas breves líneas intentaré compendiar algunos de mis recuerdos más entrañables de este pequeño gran hombre. En efecto, el Padre Máximo era más bien bajito y llevaba como buen vasco una enorme boina además de unas gafas también grandotas sobre su nariz que era relativamente prominente. Sus gestos eran expresivos, pero sobre todo su cara y sus ojos brillantes de entusiasmo por temas y hechos que un no naturalista hubiera considerado sin importancia.

Como era propio de los que he llamado aficionados, que eramos la mayoría que nos encontrábamos en aquellas reuniones, el Padre Máximo era un naturalista de intereses amplios. Así sus anécdotas se referían a diversos aspectos de la observación de la naturaleza. A mí me sorprendió muy particular-

mente una historia que contó de sus andares por el bosque en búsqueda de las propiedades y tipos de setas existentes. En concreto, hacía experimentos sobre la comestibilidad de las setas para él desconocidas y cuya toxicidad era una cuestión de interés. Para ello, hizo pruebas en sí mismo con una prudencia y audacia nada desdeñables. Ante una seta cuya posible toxicidad desconocía tomaba una pequeñísima cantidad, una punta de aguja como decía, y la comía. Este modo de hacer no era totalmente inocuo y en su historia encontró alguna especie particularmente tóxica que le produjo trastornos intestinales notables. Esto le produjo satisfacción, sin embargo, ya que aumentaba sus conocimientos sobre las setas de las áreas en torno a Pamplona donde se desarrollaba su campo de acción ordinario.

Al Padre Máximo le encantaba presumir de buen andarín. Tenía este particular orgullo de los excursionistas natos. Su monte era la Sierra de Aralar de la cual nos contaba sus dificultades y el esfuerzo que le había supuesto muchas veces llegar a determinadas partes de la misma. Presumía, quizá demasiado, de su buena forma física dándole un valor que algunos contertulios no compartíamos, mientras que otros que trabajaban en áreas de muchas mayores dificultades encontraban exageradas sus historias. A mí particularmente me admiraba su valoración muy positiva del esfuerzo físico y me hacía pensar en los atletas vascos que cortan troncos o llevan grandes pesos como una demostración de poder físico. En el Padre Máximo era quizá un tributo a su pertenencia a este pueblo que tanto se ha distinguido en la valoración de esta clase de poder. En cualquier caso, como ha sucedido dentro y fuera de España, la condición de excursionista y naturalista iban unidas en el Padre Máximo.

En pequeño comité a veces hacía referencias al valor apologético de la ciencia, en particular de la ciencia natural. La grandeza y orden del mundo físico, la complejidad de los seres vivos actuales y fósiles y, en general, la visión de la naturaleza y el esfuerzo que el hombre hace para conocerla y explicarla eran, para el Padre Máximo, ocasión inmejorable de llevar a sus alumnos a la consideración de la grandeza de Dios y al valor explicativo que la fe y la religión permitían dar a tantos y tales misterios progresivamente desvelados por la ciencia humana. En este aspecto había aceptado la concepción que tan evidente era para los científicos de la primera generación de la ciencia galileo-newtoniana y, también, aquella que llevaba a determinados hombres de la Iglesia a pensar que la formación y educación humanas no eran completas sin intentar captar el sentido más profundo de la realidad. No era el mundo del agnosticismo actual, sino el mucho más complejo de una concepción, por lo menos intencionalmente, totalitaria de la realidad. Su formación, posiblemente poco adaptada ya a su tiempo, le hacía este recorrido más fácil, pero, sin duda, su actitud era bastante más seria que la que puede observarse en determinadas posiciones, ya ingenuas, ya hipercríticas, pero en general poco satisfactorias que se dan en muchos círculos científicos actuales.

Pienso que un análisis de la psicología del Padre Máximo nos daría claves para interpretar su personalidad. Mis recuerdos me dan sólo indicios de la misma, pero los pequeños hechos que acabo de relatar y otros muchos parecidos, me permiten intuir tanto su tipo de personalidad con luces y sombras más propias del ambiente y época que le tocó vivir que de unas determinadas actitudes personales propias.

El Padre Máximo era un hombre que se tomaba en serio al mundo, a sí mismo y al Dios en el que creía. Esto le convirtió en un hombre de una pieza: gran naturalista, profundamente religioso y apasionado por su vocación de escolapio. No había doblez o falsos fondos en su personalidad. Por otra parte, su largo trabajo de profesor en un colegio notable de Pamplona le había dado un conocimiento notable de los hombres. Ello le confería una cierta socarromería, un sentido del humor y una visión muy matizada de la realidad humana y de su propia realidad y valor. Por todo ello el Padre Máximo era todo lo contrario del sabio engréido que cree poseer la verdad. Sabía lo que sabía y sabía muy bien lo que ignoraba y lo que las circunstancias de la vida le habían privado de conocer. En este aspecto tuvo que luchar para ser aceptado en lo que era por sus propios compañeros y superiores de la orden. Este aspecto lo conozco poco porque no era amante de quejarse, pero algo supe que también me hizo apreciarlo aún más. Su sencillez no era bobaliconería, sino una seriedad revestida de aceptación de su propia circunstancia y del conocimiento de un mundo que no siempre se distingue por el equilibrio humano deseable. A nivel humano, sin embargo, lo que con mayor agrado recuerdo de él es su cordialidad, su sencillez y falta de ambición y envidia y sus pequeños rasgos de niño travieso que tan bien conjuntaban con su propia figura corporal. Mucho me temo que no todos los que le conocimos hayamos sido capaces de seguir su ejemplo en nuestras vidas, aunque se hayan desarrollado a través de actitudes, creencias y circunstancias, poco o mucho, diferentes de las suyas. Como aficionado que soy también, estas pequeñas líneas pretenden ser un humilde homenaje al que ya he llamado pequeño gran hombre.

RESUMEN

Los contactos personales con el Padre Máximo, a causa de la elaboración de mi tesis y en diversas reuniones científicas, fueron para mí, a la vez, de gran ayuda en el campo científico, y de un particular interés humano al poder constatar la grandeza moral y la solidez de los conocimientos de este especialista en *Nummulites* y en estratigrafía del Paleógeno. Vale la pena subrayar también sus facetas de naturalista y de pedagogo religioso.

LABURPENA

Nire tesiaren elaborazioan eta bilera zientifikoetan Aita Máximoarekin izan nituen harremani esker, paleontologo eta estratigrafo honen gizabalioa ulertzen lagundu zidan. Merezi du bere alderdi naturzalea eta pedagogo erligiosoarena azpimarratzea.

ABSTRACT

My personal contacts with Padre Máximo, on the occasion of the completion of my PhD. Thesis, and at scientific meetings, allow me to understand the human and scientific value of this paleontologist and stratigrapher. Also my personal memories attest to the interests of Padre Maximo in naturalist and religious fields.